

# UNAS NOTAS INFORMALES SOBRE COSAS DE INFANTE

**Texto: Enrique Iniesta Coullaut-Valera**

Una cosa es cómo escribía y otra cómo vivió.

No tuvo la menor fortuna con sus modelos literarios. En realidad, no los tuvo.

Demasiados autores extranjeros, pensadores que escribían mal. Encima, con frecuencia, mal traducidos.

Y eran años de muy mala prosa. ¡Ramón Pérez de Ayala...! No todo fue Valle Inclán y Unamuno. Incluso el Lorca de “Impresiones y paisajes”, a veces no parece Federico.

Su tipo de cultura era extraño. Una carga fuerte de filosofía *liada*. Una filosofía muy herida por los primeros fracasos de la Ciencia experimental.

Demasiado heredera, la prosa del XIX era tan mala como la poesía del XIX. También aquí no todo era Bécquer o Galdós.

En la pluma de Infante jamás asoma un clásico. Con aciertos ocasionales, su estilo literario era inaguantable: cursi, retórico, torpe de sintaxis que se enredaba en hipérbaton y oraciones coordinadas que embrollan el pensamiento en párrafos larguísimos.

Exagerando, en cierto modo, en modo cierto, su casa de Coria es una manifestación de su interior, de su alma obsesa, confusa, indigestada, sensible, lista, erudita, leal a la Causa.

Otro aspecto de Infante absolutamente pasmoso: quizá, seguramente, el más asombroso y de su máximo mérito, es su constancia, su tenacidad a prueba de soledades y de las mayores incomprensiones. Se mantenía leal cuando los demás –casi todos– bullían a sus costados entusiastas para, luego, olvidar después como Pedro el de Zebedeo.

Su soledad tuvo que pesarle mucho muchas veces. Las propuestas que hacía públicas eran tan nuevas y llamativas que la gente escucharía sorprendida. ¿Sonreiría algún incrédulo?

Desde luego, para los suyos (su mujer, hermano y padres) era un desconcierto. Eran incapaces de entender aquella manía imperturbable, aquella firmeza por Andalucía en su gente y esperanza en un futuro que, él mismo veía lejano.

¡No desfallecía nunca, era más andaluz en casa que en la calle, en la cena que en la tribuna...!” Les resultaba inaguantable.

Se sabe muy poco de la relación con su padre pero, hombre amable que se reía de su sombra, dejó un dicho que indica un mundo: “*Mi Blas Infante es un sabio y no sé cómo tiene aguante para soportarnos a todos*”.

La relación con su madre fue de profunda veneración. A ella la mejor habitación de la única casa que construye a su gusto.

De su hermano a él se conservan dos cartas muy parlanchinas que muestran una camaradería muy sana. Su participación en la Candidatura de 1931, tan revolucionaria y definida, es prueba de su devoción por el hermano andalucista, Blas le dedicó muy afectuosamente, su libro sobre el flamenco con lindos recuerdos de su infancia común.

La relación con su mujer fue un doloroso fracaso. No era posible otra cosa. Se casaron sin apenas conocerse. No tenían nada que ver. Los dos, eso es admirable, buscaron siempre el acuerdo y el perdón mutuo. Eran de dos mundos enemigos.

Con sus hijos, una ternura casi de abuelo. Fue a los 43 cuando nació el primero. Más que esos hijos, frutos de la juventud, a los que ves crecer hasta superar tu estatura, estos

cuatro chiquillos más que hijos fueron nietos. Además, la silueta y retrato paterno les llegó interpretado por la madre y en una postguerra que imposibilitaba a las viudas “rojas” (i) contar la verdad. Cuando le asesinaron, Luisa, la mayor, tenía 8 años. Mantuvo en su memoria espantada unas imágenes que no acabó jamás de explicarse.

Sus compañeros le admiraban acríticamente. Casi ninguno pudo seguirle en la perseverancia andalucista. Sería muy prolijo intentar un panorama completo.

Los datos que llegados sobre sus adversarios no permiten un dibujo serio, dialéctico de sus figuras y posturas. Para no caer en una película de buenos y malos, mejor será callar.

***Notas:***

*Publicado en la revista nº 27 de Faro 2000 de Martos (Jaén), de Marzo del 2002, en la sección: PUEBLO ANDALUZ, páginas 8 a 10 .*